

Savitski, el comandante de la sexta división se levantó al verme, y me quedé asombrado de la belleza de su figura corpulenta. Se levantó con la púrpura de su pantalón de montar, ladeada la gorra color grosella, con sus condecoraciones cosidas al pecho, y pareció que partía en dos la choza, como un estandarte el cielo. De él emanaba un aroma de ricos perfumes y el olor insípido y frío del jabón. Sus piernas largas semejabán doncellas embutidas hasta los hombros en brillantes botas de charol.

Me sonrió, golpeó con el látigo en la mesa y rápidamente cogió la orden que acababa de dictar el comandante del estado mayor. Era la orden a Iván Tschesnokof de avanzar con el regimiento a su mando en la dirección de Tschugunof-Dobryvodka y aniquilar al enemigo caso de que opusiera resistencia...

“...hago precisamente responsable de ese aniquilamiento —escribió el comandante de la división, ensuciando para ello todo el pliego— a ese Tshesnokof, bajo amenaza del más severo castigo, que ejecutaría en el acto; lo cual, compañero Tschesnokof, apenas dudará usted, pues no es el primer mes que trabaja usted conmigo en el frente...”

El comandante de la división puso su enmarañada firma debajo de la orden, se la arrojó al ordenanza y volvió hacia mí sus ojos grises, en los cuales chispeaba la alegría.

—Habla —gritó, y chasqueó el látigo en el aire.

Luego me leyó un papel, en cuya virtud quedaba yo adscrito al estado mayor de la división.

—Vale como orden —dijo el comandante de la división—. Excepto mujeres, puede contarse con todos los placeres. ¿Sabes leer y escribir?

—Sé leer y escribir —contesté yo, envidiándole al comandante el hierro y el fuego de su juventud—. Soy estudiante de derecho de la Universidad de Petrogrado.

—Entonces perteneces a los señores de Kinderbalsan —exclamó sonriente—. Y con unos anteojos en la nariz... ¡Valiente mozo! Gente como tú nos mandan sin consultarnos, pero aquí no queremos a la gente de anteojos. ¿Quieres quedarte con nosotros?

—Con mucho gusto —contesté, y me fui con el sargento a buscar alojamiento en el pueblo. El sargento llevó mi maleta al hombro. La calle del pueblo se presentaba ante

nosotros redonda y amarilla como una calabaza. El sol, moribundo, dejó sus resplandores rosas en el cielo. Llegamos a una choza con adornadas vigas. El sargento se detuvo y de repente me dijo, con una sonrisa culpable:

—Aquí tenemos una verdadera calamidad con la gente de gafas. Nuestros hombres no la dejan en paz. Llega uno con la más alta distinción y se le irrita hasta sacarle de sus casillas. Si usted consiguiese deshonorar a una dama, a una verdadera dama, habría usted ganado a los soldados...

Quedó todavía un momento parado con mi maleta al hombro, se me acercó, retrocedió luego violentamente y se precipitó en el primer patio, donde había unos cosacos sentados sobre el heno, afeitándose unos a otros.

—Soldados —dijo el sargento dejando en el suelo mi maleta—: ahí hay un hombre a quien por orden del compañero Savitski tenéis que admitir en vuestro cuartel; pero sin hacer tonterías, porque es un hombre que durante sus estudios ha sufrido por nosotros.

El sargento enrojeció y se marchó sin volverse. Yo llevé la mano a la gorra y saludé a los cosacos. Un jovencillo de rubio pelo liso, peinado hacia abajo, y de hermosísimo rostro de riazano cogió mi maleta y la tiró fuera de la puerta. Luego me volvió el trasero y con una destreza extraordinaria empezó a soltar ruidos desvergonzados.

—¡Tiro cero-cero! —le dijo riendo un cosaco más viejo—. ¡Fuego rápido!

El joven terminó con su pobre arte y se alejó. Entonces, arrastrándome por el suelo, recogí todos mis manuscritos y los trajes viejos y rotos que se habían salido de la maleta. La recogí y la llevé al otro lado del patio. En la choza humeaba sobre unos ladrillos un caldero, donde se cocía carne de cerdo. Humeaba como humea a lo lejos en el pueblo la casa paterna, y el hambre se mezclaba en mí a una infinita soledad. Tapé con heno mi maleta rota, hice de ella una cabecera y me tumbé en tierra para leer en Pravda el discurso de Lenin en el segundo Congreso Comunista. El sol caía sobre mí, atravesando el festón de las colinas. Los cosacos saltaban por encima de mis piernas; el jovencillo se burlaba incesantemente de mí y las líneas queridas venían hacía mí por un camino de espinas sin alcanzarme. Tiré el periódico y me dirigí a la patrona, que devanaba hilo en la escalera.

—Patrona —dije—, quiero comer algo.

La vieja dirigió hacía mí el blanco apagado de sus ojos medio ciegos y volvió a bajarlos inmediatamente.

—Compañero —dijo después de un corto silencio—, por todas estas cosas preferiría colgarme.

—¡Maldita! —murmuré yo malhumorado y pegué a la vieja con el puño en el pecho—. No voy a perder mucho tiempo con vosotros...

Me volví y vi un sable extraño allí cerca. Un admirable ganso se bamboleaba por el patio, arreglándose despreocupadamente el plumaje. Le eché mano y lo aplasté contra la tierra. La cabeza del ganso crujía bajo mi bota, crujía y sangraba. El blanco pescuezo yacía estirado en el estiércol y las alas se alzaban sobre el cuerpo del ave muerta.

—¡Maldita! —dije atravesando al ganso con el sable—. Patrona, ásemelo.

La vieja, cuyos ojos medio ciegos brillaban detrás de sus gafas, levantó el ave, le envolvió en su delantal y se deslizó en la cocina.

—Compañero —dijo después de un silencio— quisiera colgarme y cerró la puerta tras de sí.

Entretanto, los cosacos se habían sentado en el patio alrededor de su caldero. Estaban inmóviles, erguidos como sacrificadores, sin mirar al ganso.

—El mozo encaja aquí —dijo uno de ellos, me hizo una señal y sacó del caldero una cuchara de caldo. Los cosacos cenaron con la atiesada dignidad de campesinos que se estiman mutuamente. Limpié el sable con arena y me marché a la puerta. Extenuado y rendido, me volví. La luna colgaba ya del patio como un pendiente barato.

—Hermano —dijo de pronto Surovkof, el cosaco más viejo—, siéntate con nosotros y come hasta que esté arreglado tu ganso.

Sacó de la polaina su cuchara de reserva y me la dio. Tomamos el caldo que habían cocido ellos mismos y comimos la carne de cerdo.

—Y ¿qué dicen los periódicos? —preguntó el jovencillo del rubio pelo liso haciéndome sitio.

—En el periódico escribe Lenin —dije sacando Pravda—. Lenin escribe que en Rusia hay una gran escasez de todo.

Y en alta voz, como un tardo de oído, entusiasmado, leí a los cosacos el discurso de Lenin.

La noche me envolvió en la vivificante humedad de su niebla; la noche puso sus manos maternas en mi frente abrasadora. Leí alegre y espí el pensamiento misterioso y retorcido de los cosacos con el pensamiento luminoso de Lenin.

—La verdad salta a la vista —dijo Surovkof cuando terminé la lectura—, pero no llega uno a verla. Sin embargo, él la coge de golpe como las gallinas el grano.

Esto dijo de Lenin, Surovkof, el jefe del escuadrón del estado mayor, y nos fuimos al pajar a dormir. Allí dormimos de seis en seis, entrelazando las piernas para calentarnos bajo aquel techo agujereado que dejaba pasar las estrellas. Yo veía mujeres en el sueño. Sin embargo, mi corazón, rojo de muerte, suspiraba y sangraba.